

Historia Universal

Siglo veintiuno

Volumen 24

LOS INICIOS DE LA EUROPA MODERNA (1550-1648)

Richard van Dülmen

EL AUTOR

Richard van Dülmen,

nacido en 1937, estudió Historia, Filosofía y Ciencias de la Religión en Münster, Würzburg y Munich. En 1965 presentó su tesis doctoral. Desde 1966 es colaborador científico de la Bayerische Akademie der Wissenschaften de Munich. En 1973 realiza oposiciones a cátedra. Catedrático no titular en la Universidad de Munich. A partir de 1982 es catedrático de Historia Moderna en Saarbrücken. Entre sus publicaciones hay que destacar: *Propst Franz Töpsl und das Augustiner-Chorherrenstift Polling. Ein Beitrag zur Geschichte der katholischen Aufklärung in Bayern* (1967); *Orthodoxie und Kirchenreform. Der Nürnberger Prediger Job. Saubert, 1592-1646* (1970); *Landkreis Traunstein* (1970); *Das Täuferreich zu Münster, 1534-1535* (1974); *Der Geheimbund der Illuminaten* (1975); *Reformation als Revolution. Soziale Bewegung und religiöser Radikalismus in der deutschen Reformation* (1977); *Rosenheim* (1977); *Die Utopie einer christlichen Gesellschaft. Johann Valentin Andrea, 1586-1654* (1978).

TRADUCTORES

María Luisa Delgado (capítulos 1-3)

José Luis Martínez (capítulo 4)

DISEÑO DE LA CUBIERTA

Julio Silva





siglo veintiuno editores, s.a. de c.v.

CERRO DEL AGUA 248, DELEGACIÓN COYOACÁN, 04310, MEXICO, D.F.

siglo xxi editores argentina, s.a.

LAVALLE 1634 PISO 11-A C-1048AAN, BUENOS AIRES, ARGENTINA

940.23 D 851	BP SIMON BOUVAR
C. 2	Fecha clasif 16-12-03

9195703

primera edición en español, 1984
siglo xxi de españa editores, s.a.
décima edición en español, 2001
© siglo xxi editores, s.a. de c.v.
isbn 968-23-0009-6 (obra completa)
isbn 968-23-0952-2 (volumen 24)

primera edición en alemán, 1984
© fischer taschenbuch verlag gmbh, frankfurt am main
título original: *entstehung des frühneuzeitlichen
europa, 1150-1648*

derechos reservados conforme a la ley
impreso y hecho en México/printed and made in Mexico

IX. LA GUERRA DE LOS TREINTA AÑOS Y LA CRISIS DEL SIGLO XVII

La guerra de los Treinta Años no representa ciertamente un momento decisivo en la historia alemana, pero sí un período significativo de ésta, y por encima de ello, en el desarrollo político y socio-económico de Europa. Mientras que la revolución inglesa trajo consigo la transformación del reino en una república y en Francia la victoria sobre la Fronda reforzó la monarquía absolutista, la guerra de los Treinta Años aceleró y marcó la transformación de los Estados imperiales en Estados independientes y con ello sentó las bases de un nuevo sistema de Estados en Europa¹³².

El análisis de la guerra de los Treinta Años está marcado por considerables juicios erróneos: a diferencia de la revolución inglesa, así como de la Fronda francesa, que a pesar de la intervención

española fueron guerras civiles «nacionales», la guerra de los Treinta Años no se quedó en una cuestión interna alemana entre el emperador y los Estados imperiales, en la que se vieron necesariamente involucradas otras potencias, sino que desde su comienzo fue un conflicto de dimensiones europeas. Salvo Rusia, todos los Estados intervinieron de forma directa o indirecta, no sólo para aprovecharse de la confrontación «alemana», sino debido a que en la guerra de los Treinta Años culminaron varios conflictos internacionales, y sobre todo los enfrentamientos entre Francia y los Habsburgo y entre España y los Países Bajos. La guerra de los Treinta Años fue, en cierto modo, «la primera guerra (civil) generalizada europea»¹³³.

Sin duda la guerra de los Treinta Años giró esencialmente en torno a problemas dinástico-políticos, como el sometimiento de Bohemia por los Habsburgo (1618), que «desencadenó» la guerra, como la «reanudación» de las hostilidades entre los Países Bajos y España, después de finalizada la tregua en 1621, como la oposición francesa a la creación de una gran potencia austríaca, o no en último término, como la expansión de Suecia en el contexto de su conflicto con Polonia (desde 1630). Pero lo que dio a la guerra su dureza, su duración y sus consecuencias sociales fue el potencial conflicto sociopolítico que se deducía de la confrontación de dos «concepciones sociales» diferentes¹³⁴. Se trataba de la reafirmación de las libertades estamentales frente a las aspiraciones absolutistas (los casos más claros son los de Bohemia y los Países Bajos, que deberían ser sometidos de nuevo a la monarquía de los Habsburgo), pero también se trataba de la relación entre el emperador y los Estados imperiales. En ese sentido la guerra de los Treinta Años culminó, del mismo modo que la revolución inglesa, en un conflicto entre la sociedad estamental y la monarquía absoluta¹³⁵. Por otro lado se trataba también de la expansión de la base económica de los primitivos Estados modernos en un momento en que la crisis del siglo XVII provocaba un endurecimiento del conflicto tanto entre el pueblo y la nobleza como, sobre todo, en el seno de las mismas clases dirigentes, motivado por el reparto de unos recursos cada vez más mermados. Los Habsburgo, es decir España, no podían prescindir de los beneficios que tanto Bohemia como los Países Bajos les proporcionaban; Suecia buscaba sobre todo con la expansión política por la zona del Báltico la solución de sus problemas económicos. «La guerra de los Treinta Años fue pues un conflicto político que surgió de las contradicciones de la complicada situación socioeconómica.»¹³⁶

La guerra de los Treinta Años figura también sin duda entre los conflictos armados de comienzos de la Edad Moderna en los que, al igual que en la guerra civil francesa del siglo XVI, se lu-

chaba esencialmente por la libertad confesional religiosa iniciada con las actividades de la Iglesia católica contra la Reforma a principios del siglo XVIII. Los partidos de la Liga y de la Unión fueron, como alianzas político-confesionales, un resultado de la ofensiva contrarreformatora dentro del Imperio, que ponía en cuestión la paz religiosa de Ausburgo. Las intervenciones españolas eran justificadas de forma confesional y religiosa, al igual que la expansión sueca; si Gustavo Adolfo se presentaba como el salvador del protestantismo alemán, también España combatía en todas partes, sin compromisos, por la reimplantación de la Iglesia católica, respondiendo a sus pretensiones de dominación universal. La religión fue la base más fuerte de legitimación de las pretensiones de dominación universal tanto por parte católica (España, Austria) como por parte protestante (Suecia, Inglaterra), así como el medio más efectivo para la movilización del pueblo, sobre todo entre los protestantes que se encontraban a la defensiva, los cuales en los Habsburgo (España) combatían la preponderancia del catolicismo, o del Anticristo. A pesar de ello el conflicto armado no surgió por motivos específicamente confesionales, ni estuvo predominantemente orientado hacia objetivos político-religiosos. Al contrario, en la guerra de los Treinta Años no se produjo una unión entre política y religión como en la revolución inglesa. No sólo fue Richelieu el que se propuso separar política y religión, o sea subordinar claramente las fuerzas religiosas a las político-estatales, de modo que no tuvo ningún reparo en aliarse con el protestantismo alemán en contra del emperador católico: también Suecia intentó salvar la Reforma en Alemania con ayuda de la católica Francia. Incluso el Edicto de Restitución de 1629 no perseguía en primer lugar objetivos eclesiásticos y religiosos, sino políticos, ya que reforzaba la posición católica imperial. Ciertamente, en un principio los conflictos de índole religiosa o confesional desempeñaron un papel (sobre todo en la monarquía de los Habsburgo), pero el hecho de que la guerra discurriese sin el apoyo del papa, e incluso que la paz de Westfalia se acordase sin él, demuestra que la guerra de los Treinta Años no fue una guerra religiosa. Ningún acontecimiento ha contribuido tanto a la secularización de la política como esta guerra, librada no pocas veces en nombre de Dios. Principalmente se trataba de la distribución del poder político-económico en Europa central.

Las consecuencias económicas, sociales y culturales de la guerra de los Treinta Años fueron desoladoras para Alemania. Zonas enteras quedaron destruidas y el retroceso demográfico no sería recuperado hasta el siglo XVIII. Sobre todo sufrieron los campesinos, pero también los habitantes de las ciudades, a pesar de que los escenarios de la guerra cambiaron con mucha frecuencia

y muchas zonas no vieron jamás al enemigo. Pero la miseria no estuvo motivada solamente por las consecuencias inmediatas de la guerra, sino también por las contribuciones arrancadas por medio de la violencia, los saqueos llevados a cabo por los soldados que no habían cobrado sus pagas y la explotación fiscal por parte de los Estados participantes en la contienda. Pero los súbditos españoles o franceses no sufrieron menos estas consecuencias, ya que también financiaron la guerra. Muchas de las protestas que tuvieron lugar aquí en estos países entran dentro del contexto de la guerra de los Treinta Años. El hundimiento económico alemán que se observa durante la guerra de los Treinta Años, y sobre todo después de ella se había iniciado ya en el último tercio del siglo XVI y solamente se vería agravado por la guerra¹³⁷. El retroceso de la industria, y especialmente de la minera, fue unido a la dislocación del comercio internacional, del que se había beneficiado particularmente el sur de Alemania, y al desplazamiento del centro de gravedad económico del sur al noroeste de Europa. La guerra de los Treinta Años impidió el desarrollo de muchos movimientos culturales, pero la llamada pobreza espiritual de Alemania en el siglo XVII no fue tampoco una consecuencia inmediata de la guerra. Al contrario, mientras que precisamente en la segunda mitad del siglo XVI la vida intelectual parecía paralizarse bajo la presión de los enfrentamientos entre la Reforma y la Contrarreforma, durante la guerra el arte, la literatura y las ciencias alemanas conocieron un período de considerable florecimiento (Schütz, Grimmelshausen, Gryphius, Böhme, Kepler). Así pues la guerra de los Treinta Años no representa una ruptura ni en el desarrollo cultural y económico, ni en el estatal y político¹³⁸. Procesos cuyos comienzos se remontan al siglo XVI conocieron como máximo un endurecimiento, por ejemplo la secularización de la política y el Estado, los esfuerzos de los territorios alemanes por independizarse de la supremacía del emperador y la hegemonía francesa a costa de España.

La guerra de los Treinta Años no comenzó realmente con la Fronda de la nobleza bohemia. Antes de ella tuvieron lugar tres conflictos que anunciaban amenazadoramente la futura marcha hacia la guerra.

Por un lado se produjo una formación de alianzas confesionales, motivadas por el endurecimiento de la política confesional del imperio, que dejó casi sin actividad al Parlamento (*Reichstag*). A la fundación de la Liga protestante bajo la dirección del Palatinado electoral, respondieron los católicos con la Unión, que constituyó el duque de Baviera —pero sin Austria— como rígido bastión antiprotestante.



El enfrentamiento político-confesional alcanzó su primer punto culminante con la disputa por la herencia de Cléveris-Jülich-Berg, Sajonia, Brandemburgo y Neoburgo, cuando intervino el emperador y finalmente Francia. Se formó entonces la constelación política que determinaría la guerra de los Treinta Años. La guerra sólo fue evitada debido a que Francia amenazó al emperador (y se quedó en eso porque Enrique IV fue asesinado en 1610) y el conde palatino de Neoburgo se convirtió al catolicismo, con lo que la división de la herencia entre Brandemburgo y Neoburgo contó con la aprobación de los otros partidos.

Igualmente conflictiva era, finalmente, la situación interna de los Habsburgo, que se había producido por la política austríaca después de que fuera depuesto Rodolfo II (1611)¹³⁹. Matías sería elegido rey de Bohemia y emperador del Sacro Imperio Romano, pero no tuvo éxito en la solución de los problemas confesionales y además no dejó descendencia. Entre las considerables protestas de los bohemios, que por primera vez proyectaban la transformación de su país en una monarquía electiva, y también de España, a la que le habían sido prometidos los territorios de los Habsburgo en Alsacia, fue elegido Fernando II, rígido partidario de la Contrarreforma. En su programa político, que era una mezcla de catolicismo riguroso y pretensión absolutista de poder, se encontraba ya implícito el futuro conflicto que desembocaría en la guerra de los Treinta Años.

El levantamiento de Bohemia, con el que en general se relaciona el comienzo de la guerra de los Treinta Años, fue una revuelta típica de la nobleza contra la integración en el área de poder de los Habsburgo, comparable al levantamiento catalán¹⁴⁰. Adquirió su dureza no sólo por la contradicción confesional-religiosa (Bohemia era protestante mientras que la casa real era católica), sino también por su relación con los estamentos de toda la monarquía de los Habsburgo, que ya habían negado en 1619 a Fernando su juramento de fidelidad evocando la soberanía popular «calvinista». El conflicto entre Bohemia y los Habsburgo duraba ya tiempo, y a pesar de las concesiones de Rodolfo II la situación no se apaciguó. También hubo levantamientos campesinos, pero éstos no desempeñaron ningún papel en el enfrentamiento con Austria. Los señores de Bohemia se distanciaron de los campesinos por lo menos tanto como el rey. Con la llegada al gobierno de Fernando, cuyas creencias religioso-políticas representaban un reto para Bohemia, los rebeldes bohemios constituirían, después de la famosa defenestración, un Parlamento. También se formaría un gobierno de treinta miembros y se reuniría un ejército, lo que representaba la ruptura total con los Habsburgo. Después de tomar contacto con

los estamentos austríacos y moravos, los sublevados fundaron una confederación estamental que, siguiendo el ejemplo indirecto de los Países Bajos o la república suiza, no pretendía abolir la monarquía, pero sí exigía todos los derechos de soberanía en el país, en el sentido de una república estamental¹⁴¹. Fernando II fue depuesto, y el jefe de la Unión, el calvinista Federico, elector del Palatinado, fue elegido rey. De su persona se esperaba ganase el respaldo internacional para la independencia de Bohemia. Pero se produjo un contragolpe del que Bohemia ya no se llegaría a recuperar, que no sólo le costaría su total independencia estamental, sino que acabaría con este movimiento también en Austria y traería consigo la entrada de fuerzas extranjeras en el conflicto. Mientras que Bohemia se quedaría aislada y la Unión se derrumbaría lamentablemente, la Liga católica, bajo la dirección de Baviera, derrotaría a los bohemios en la batalla de la Montaña Blanca (1620). Un proceso desconocido hasta entonces sería la consecuencia. Los principales conspiradores serían ejecutados o expulsados del país y sus propiedades confiscadas, o entregadas a los leales al Imperio, en su mayor parte católicos extranjeros. Bohemia no sólo sería catolizada por la fuerza, sino que perdería todas las libertades estamentales, incluso el derecho a un Parlamento propio y la recaudación de impuestos.

La victoria sobre Bohemia reforzó rápidamente la posición de las potencias que practicaban centralmente una política contrarreformatora y suscitó pretensiones que conducirían a una veloz extensión de la guerra por todo el centro de Europa. El emperador, con la derrota del movimiento estamental en los territorios hereditarios austríacos, forzó la construcción de un régimen absolutista contrarreformador y sentó las bases para la monarquía absoluta de los Habsburgo en el sur de Europa. La Liga católica, que esencialmente había asegurado la posición imperial, aprovecharía la situación sobre todo en beneficio de Baviera, ocuparía el Palatinado, rompería la Unión y avanzaría hacia el noroeste de Alemania, lo que haría temer a los príncipes del norte por sus posesiones y sobre todo irritaría a Suecia y Dinamarca. Del mismo modo, esto estimularía a España a no prolongar la tregua con los Países Bajos del Norte, que expiraba en 1621, y así someter a los Estados Generales a la monarquía universal¹⁴². España no había renunciado, bajo la dirección del conde duque de Olivares, a su sueño de la monarquía universal, y más teniendo en cuenta que durante el tiempo de la tregua había presenciado el ascenso de Holanda a la categoría de primera potencia marítima europea. Madrid y Viena trabajaban en estrecha colaboración, sin que por ello los objetivos bélicos españoles fueran apoyados activamente por el imperio. También los Estados Generales se decidieron

por la reanudación de la guerra, movidos por sus aspiraciones de independencia y por la expansión de sus posesiones en ultramar. Las compañías comerciales desempeñarían un papel considerable. Las Provincias Unidas se transformaron en el centro de la resistencia protestante contra la casa de los Habsburgo y surgió una «internacional calvinista», que en el fondo perseguía esencialmente intereses económicos. Holanda había monopolizado el comercio español con la zona del Báltico y construido su imperio de ultramar con la piratería a costa de Portugal y España, de tal modo que el conflicto entre España y Holanda se extendió por todo el mundo, y envió influyentes consejeros y técnicos militares, independientemente de toda consideración confesional, a Dinamarca, Suecia y Wallenstein (de Witte)¹⁴³. La industria armamentista de comienzos de la Edad Moderna estaba casi exclusivamente en manos de los holandeses. El intento de España de derrotar a Holanda tenía por tanto pocas perspectivas de éxito y le trajo importantes derrotas en ultramar. El ataque español preocuparía no sólo a los países protestantes sino, sobre todo, a Francia, que se sentía fuertemente amenazada por el desplazamiento de tropas españolas de Italia a los Países Bajos, por el avance de la Liga católica en el noroeste de Alemania y, poco más tarde, por la expansión del poder imperial bajo Wallenstein.

El emperador conseguiría en Alemania unos poderes como no se conocían desde hacía tiempo. Mientras que el ejército de la Liga avanzaba por el norte de Alemania y las tropas españolas amenazaban a los Países Bajos, lo que provocaría la entrada en la guerra de Dinamarca, se formó, junto con el ejército de la Liga, un ejército imperial bajo la dirección del noble bohemio Wallenstein, que influiría decisivamente sobre la marcha de la guerra, así como en las relaciones entre los Estados imperiales y el emperador. Wallenstein era un *condottiere* sin escrúpulos, que había conseguido fama y dinero empleando toda clase de medios a su alcance; era más un gran empresario que un general al servicio del emperador¹⁴⁴. Con métodos completamente nuevos organizaría el mayor ejército mercenario de comienzos de la Edad Moderna, con 100 000 hombres en números redondos. Fernando lo apoyaba en todo, debido a que no suponía una carga para las arcas imperiales. Para la financiación de la guerra, Wallenstein utilizó sus propios recursos, construyendo en sus territorios un «Estado modelo» con una industria militar propia, tomó prestadas sumas considerables de dinero en todos los centros financieros importantes de Europa, y sobre todo, partió del principio de que la guerra debe sustentar a la guerra, lo que significaba que los territorios ocupados, sin ninguna clase de contrapartida, debían suministrar la soldada, el alojamiento y la manutención. De ese modo

Wallenstein consiguió un ejército grande y potente, que pronto sería el terror de los territorios ocupados y conseguiría conquistar para el emperador todo el norte de Alemania, Brandemburgo, Mecklemburgo, Pomerania y Jutlandia. Wallenstein sería recompensado por sus victorias con el ducado de Mecklemburgo, alcanzaría el rango de príncipe imperial y sería nombrado «almirante del mar oceano y báltico». A pesar de que los Habsburgo mostraban interés por el dominio del Báltico, no en último término para presionar a Holanda, la idea se quedó en un sueño a corto plazo. Con el fin de evitar un entendimiento entre Suecia y Dinamarca, que se veían amenazadas por el avance de Wallenstein, el emperador firmaría la paz con Cristián de Dinamarca en Lübeck en 1629, por la que éste conservaría todos sus territorios, pero tendría que anular todos sus pactos con los príncipes alemanes del Imperio.

Como telón de fondo de esta nueva situación de poder, el emperador decretó, en el mismo año, el edicto de restitución por el que todas las posesiones eclesiásticas que habían sido enajenadas después de 1555 debían ser devueltas a sus primitivos dueños. Detrás de este edicto se encontraban, sobre todo, los intereses de los Habsburgo y de los Wittelsbach en los territorios de los príncipes alemanes del Norte. Pero con el avance de la restauración católica hacia el norte de Alemania, el emperador suscitó una resistencia con la que no había contado: no sólo la de los príncipes protestantes del imperio, sino también la de los católicos, que no aceptaban semejante aumento del poderío imperial. Se formaría, por primera vez, una oposición estamental dentro del Imperio que introduciría un cambio en la guerra, en el sentido de que se abriría un conflicto entre la Liga y el emperador que provocaría la entrada de Suecia y Francia en la guerra. Un éxito de la resistencia de los Estados imperiales fue el hecho de hacer depender la elección del hijo de Fernando como emperador del Sacro Imperio Romano de la destitución de Wallenstein y de la reducción de las tropas imperiales en el encuentro de los electores en Ratisbona en 1630. Fernando sacrificó efectivamente a su general y a su ejército, y eso precisamente en el momento en que Gustavo Adolfo de Suecia desembarcaba con su ejército en Pomerania occidental, y en poco tiempo no sólo conquistaría el norte de Alemania sino que daría un nuevo impulso al protestantismo alemán.

La intervención activa de potencias extranjeras como Suecia y Francia determinó a largo plazo el derrumbamiento de la coalición de los Habsburgo; mientras que la potencia militar sueca sería la que decidiera la marcha de la guerra, la diplomacia francesa en-

cauzaría las acciones puntuales en su provecho propio, en el sentido de una total liberación de Francia de la prepotencia de los Habsburgo. Gustavo Adolfo, político y general de gran personalidad, conseguiría librar en poco tiempo a Suecia de la dependencia de Dinamarca y Polonia, junto con la nobleza introduciría una modernización de la administración y con ayuda de empresarios de los Países Bajos construiría una industria armamentista propia, de tal modo que estaba bien preparado para la entrada en la guerra centroeuropea¹⁴⁵. Las protestas campesinas en su propio país le turbaban tan poco como el miedo de los príncipes protestantes del norte de Alemania a perder su libertad. Sin duda, la amenaza a los intereses suecos que representaba el avance de Wallenstein desempeñó un papel en su entrada en la guerra; también deseaba realmente Gustavo Adolfo salvar al protestantismo del avance del catolicismo, pero, sobre todo, se trataba de crear un *dominium maris Baltici*, un gran Imperio del Báltico para cuya construcción Suecia ya había conquistado Livonia y Prusia. A toda la coalición anti-Habsburgo le interesaba que Suecia firmase rápidamente un alto el fuego con Polonia y se dirigiese contra el emperador, para lo cual Gustavo Adolfo solicitaría el apoyo total del parlamento sueco. El ejército que formó en Alemania se componía sólo en una pequeña parte de suecos; con los beneficios de las aduanas del Báltico y de las exportaciones de cobre y la ayuda económica francesa formó un ejército equivalente al de Wallenstein, que dominaba las nuevas tácticas españolas y holandesas y utilizó por primera vez una fuerte artillería de campaña¹⁴⁶. Cuando Gustavo Adolfo desembarcó en Pomerania occidental, la Alemania protestante volvió a concebir de nuevo esperanzas, a pesar de que los príncipes protestantes temían por su libertad y por ello solamente se pusieron detrás de Gustavo Adolfo de forma forzada. Después de su victoria sobre el ejército de la Liga (1631) quedó abierto el paso hacia todo el sur de Alemania. Mientras que Francia instaba a marchar sobre Viena, los suecos saqueaban Baviera, que a su vez estaba aliada con Francia en contra del emperador. Los objetivos exactos de Gustavo Adolfo con esta guerra son desconocidos; seguramente pensaba en una importante expansión territorial por el Báltico y en un sistema federal de Estados protestantes bajo la dirección sueca. Este sueño sería truncado por la muerte de Gustavo Adolfo en la batalla de Lützen en 1632.

A pesar de que los suecos, en los posteriores acontecimientos, fueron debilitados e incluso derrotados por las tropas imperiales en Nördlingen en 1634, lo que condujo al derrumbamiento de la federación protestante, siguieron siendo hasta la finalización de la guerra un factor significativo de poder. Sus objetivos bélicos se

hicieron, por otra parte, mucho más realistas, buscando solamente seguridad para su propio país y una indemnización por parte de los príncipes protestantes protegidos por ellos. La forma voluntariosa y comprometida de llevar la guerra por parte de Gustavo Adolfo respondía en muchos puntos a la política francesa, la segunda potencia extranjera que de forma fundamental determinaría la última época y el final de la guerra. Francia era el centro de la coalición anti-Habsburgo y practicaba una hábil política diplomática, encaminada a la eliminación de sus enemigos políticos, esto es, de los príncipes imperiales y del emperador, para lo cual los sobornos desempeñaron por primera vez un papel primordial, según la conocida divisa de Richelieu: «Es un signo de extraordinaria previsión y claro conocimiento político haber contenido durante diez años al enemigo del Estado de Vuestra Majestad simplemente echando mano a la bolsa, sin tener que recurrir a las armas, sólo por medio de una política de alianzas, para entrar en la guerra abierta por primera vez ahora, porque las fuerzas de nuestros aliados ya no son suficientes.»¹⁴⁷

Al igual que Suecia, Francia había seguido con atención el nuevo ascenso del poder imperial. Pero hasta 1629-30 estuvo atada por los enfrentamientos con los hugonotes y los aristócratas. Entonces firmaría, por un lado, un pacto con Holanda, intervendría en Italia y apoyaría económicamente a Suecia y Baviera, y por otro ampliaría sus fronteras por el este con la ocupación de Lorena y Alsacia. Francia intervendría abiertamente en la guerra en 1635, después de que el emperador derrotara a los suecos en Nördlingen. De todos modos se orientaría sobre todo contra España y por ello solamente estaría interesada en las negociaciones de paz, cuando España, por la pérdida de Portugal y el levantamiento catalán, se hubiera debilitado considerablemente. Francia perseguía bajo Richelieu y su sucesor un objetivo claro. La conquista de territorios sólo desempeñaba un papel secundario. Con diversos pactos y ataques intentaba romper, utilizando pocos medios propios, el bloque católico en Alemania y enfrentar contra el emperador a los Estados imperiales con el apoyo de Suecia. Para ello era decisivo destruir la posición prepotente de los Habsburgo en Europa y establecer la hegemonía francesa sobre la base de una extensa red de pactos. El hecho de que Francia, a pesar de las enormes dificultades internas, pudiera perseguir consecuentemente sus objetivos, se debió a la dureza y a la política de guerra realista de Richelieu. Con el rápido avance de Gustavo Adolfo y la creciente intervención de Francia, se modificaría la posición de fuerza del emperador, pero Fernando no se daría por vencido a pesar del reforzamiento de la coalición anti-Habsburgo. Ya había sido un error disolver el ejército de Wallenstein en el momento

en que los suecos desembarcaban por intereses dinásticos, pero resultó aún más problemático, después del avance de Suecia hacia el sur de Alemania, entregar de nuevo el mando supremo del ejército imperial a Wallenstein. Porque con el nuevo ejército el imprevisible general pronto perseguiría intereses propios. Su comportamiento y su táctica faltos de transparencia, que entregarían a los suecos el sur de Alemania y finalmente conducirían a su destitución y asesinato (1634), se entendió durante mucho tiempo como la preparación de una gran acción política. Es indudable que Wallenstein tenía proyectos antiimperiales y era un traidor, pero su condición de *condottiere* le daba pocas posibilidades de actuación política personal. «No existía ninguna posibilidad de instaurar en 1634 en el imperio una dictadura militar, fuese cual fuese su forma.»¹⁴⁸ A pesar de sus dotes como organizador, no es posible una comparación entre Wallenstein y Richelieu o Cromwell.

El golpe que Wallenstein había dado a la causa del emperador quedó mitigado por la victoria inesperada y aplastante que en el mismo año el ejército imperial consiguió sobre los suecos en Nördlingen. Los príncipes protestantes abandonaron de nuevo a los suecos, la influencia imperial aumentó y con Sajonia se firmó una paz en 1635 en Praga que entre otras cosas preveía para todo el Imperio una amplia reforma militar bajo el control supremo imperial, que casi todos los príncipes imperiales se negaron a apoyar¹⁴⁹. Se ha sostenido durante mucho tiempo que Fernando quería aprovechar su victoria para transformar lo antes posible el Imperio estructurado en Estados territoriales en una monarquía absolutista. Claramente, los Habsburgo intentaban reforzar, como ya lo habían hecho en 1630, su influencia en el imperio. Wurtemberg fue tomada también, pero un análisis exacto de los acuerdos de Praga demuestra que los temores de los príncipes imperiales eran infundados. Por el contrario, a pesar de que una y otra vez se invocaba el peligro que corría la libertad de los Estados imperiales, sobre todo frente a los ataques de Gustavo Adolfo, Wallenstein o Fernando II, en realidad durante toda la guerra de los Treinta Años se manifestó en el Imperio una «tendencia conservadora» cada vez mayor, un deseo de mantener, tanto desde el punto de vista del Derecho constitucional como desde el punto de vista social, las relaciones anteriores, ya superadas¹⁵⁰. El fracaso de la reforma militar, unido a la consiguiente entrada de Francia en la guerra al poco tiempo, puso de manifiesto de hecho que la confrontación armada se escapaba cada vez más de las manos de los príncipes imperiales y del emperador y que estaba determinada no tanto por los «intereses alemanes» como por los de las potencias extranjeras. Pero cuando, al poco tiempo, casi nadie

sabía dónde estaban los frentes o qué objetivos se perseguían, el potencial militar estaba ya agotado y la miseria crecía, además de que todos los países participantes tenían enormes conflictos políticos internos, aumentó en todas partes el deseo de paz.

La paz de Westfalia tiene unos antecedentes largos y complicados. Las primeras negociaciones de paz se habían iniciado en 1630-31, y en 1636 enviados españoles, franceses, imperiales y daneses volvieron a entrar en contacto. Los más interesados en una pronta solución pacífica eran los príncipes imperiales y los menos los franceses, ya que éstos buscaban la derrota total española y por ello empleaban todas sus fuerzas en hostigar una y otra vez a sus aliados, y sobre todo a Suecia. Cuando, finalmente, tuvieron lugar en 1644 las primeras conversaciones entre Suecia y Francia, la guerra continuó con más dureza que hasta entonces, ya que cada cual quería mejorar su posición negociadora, a pesar de que todos los Estados buscaban una paz segura y duradera. Para entonces estaba ya claro que la paz sólo se podía firmar con la colaboración de los Estados extranjeros y que con ello deberían ser resueltos tanto los problemas confesionales como los político-constitucionales del Imperio¹⁵¹.

Cuatro años durarían las negociaciones hasta que los tres grupos: el emperador, Francia y Suecia, con sus respectivos aliados, en Münster y Osnabrück, concluyeran en 1648 un tratado de paz que fuese justo con todos los intereses.

La paz de Westfalia no fue una obra revolucionaria; en último término, restauraba el *status quo* de antes de la guerra. En tres aspectos fue significativo. En primer lugar, el problema confesional del Imperio quedaría aclarado definitivamente, ya que con el reconocimiento de los calvinistas, las confesiones católica y protestante tendrían igualdad de derechos. Se mantendrían las situaciones jurídicas y patrimoniales de 1555 o 1624, al cuerpo católico parlamentario le sería enfrentado, con igualdad de derechos, un cuerpo protestante en la Dieta imperial. Todos los organismos imperiales serían ocupados paritariamente por católicos y protestantes. Tampoco tendría por qué, un país, cambiar su confesión para adaptarla a la de su señor. A la secularización de la política que se había implantado durante la guerra de los Treinta Años siguió una paz confesional que acabó con la época del confesionalismo. No menos decisivas serían las transformaciones o especificaciones de la constitución imperial. La libertad de los Estados imperiales sería reforzada, en gran medida a costa del poder imperial y en interés de las potencias extranjeras. El emperador perdería el derecho a decidir sobre la paz o la guerra, así como

en asuntos militares o de política exterior, en favor del parlamento, mientras que los Estados imperiales conservaban la libertad de establecer alianzas y la *volle ius territorii et superioritatis* mientras no atentaran contra los intereses del Imperio y el emperador. La paz de Westfalia pondría así fin a la larga lucha entre el emperador y los Estados imperiales a favor de estos últimos. Todos los príncipes imperiales recuperaron la posesión de sus territorios con algunas pequeñas modificaciones: el Palatinado Renano recuperaría su condición de electorado, los Habsburgo cederían Alsacia a Francia y Brandemburgo cedería Pomerania occidental a Suecia, por lo que sería indemnizada con posesiones eclesíásticas (Magdeburgo y Halberstad entre otras). Finalmente, el tratado de paz de Westfalia no sólo estaría en vigor hasta el final del viejo Imperio, siendo con ello marco de actuación obligatorio para todos los Estados imperiales, sino que representaría precisamente el primer intento de conseguir un orden pacífico para toda Europa garantizado por las potencias extranjeras. Quien a partir de entonces quisiera imponerse y jugar un papel en la política europea, debería ajustarse a estas normas. Esto en modo alguno excluía una posición de hegemonía, como en el caso de Francia, pero exigía la utilización de nuevos medios, sobre todo la diplomacia y la política de pactos.

La paz de Westfalia no debe ser considerada de una forma aislada, ya que no incluyó una paz entre Francia y España o entre Suecia y Polonia. La paz de los Pirineos (1659), los acuerdos de Copenhague (con Dinamarca) y de Oliva (con Polonia) (1660) han de ser entendidos como complementos necesarios. De esta forma, en 1660 se puede considerar finalizada la guerra que ha pasado a la historia como la guerra de los Treinta Años. Sus consecuencias son difíciles de explicar detalladamente. Por un lado están los estragos socioeconómicos en Europa central, que con frecuencia sólo cien años después serían completamente superados, las enormes pérdidas humanas, la destrucción de bienes materiales y, no en último término, el aumento de la vagancia y la mendicidad, que iban unidas esencialmente a la difícil disolución de los ejércitos y que todavía varias decenas de años después de la firma de la paz mantendrían la inseguridad por toda Europa central. Por otro lado está la consolidación de un orden estatal y un sistema de Estados en el que solamente el mundo de la nobleza, que había sido el artífice de la paz, tendría peso político. Si a partir de ahora los movimientos «autónomos» estamentales, burgueses o campesinos, apenas desempeñarían un papel, sino que, por el contrario, la estructura autoritario-absolutista se reforzaría cada vez más, entonces se puede decir sin duda que la guerra de

los Treinta Años «representa el punto culminante de las luchas feudales internas cuya meta objetiva era la reorganización del poder político de la nobleza»¹⁵². De este modo, la paz de Westfalia no fue una obra revolucionaria que cambiara fundamentalmente la estructura sociopolítica de Europa, sino que, por el contrario, fue un elemento de la nueva organización del poder aristocrático.